

abatido, empezó a respirar y a concebir ideas de conveniencia y de comodidad y, con ellas, a hacerse más sociable. Nada civiliza más a los hombres que la multiplicación de intereses y relaciones entre sí y las necesidades facticias o de pura imaginación; porque al paso que éstas crecen, se aumentan los motivos de comunicación y de dependencia mutua. Quien nada tiene ni desea, debe muy poco a la sociedad; por lo cual ésta no debe esperar de él ni la coartación de su libertad ni la moderación de las pasiones, ni menos la disposición de ánimo para servirla en los varios destinos que exige la jerarquía civil. Son muy pocos aquellos en quienes los impulsos de la virtud obran puramente y sin mezcla alguna de interés». La justificación del modo burgués, con tales presupuestos psicologistas no puede ser más asumida, máxime cuando se cree ver la corroboración en la propia historia. Ella es la que muestra también que no sólo los cambios económicos y sociales son factores revolucionarios; también pueden representar este papel ciertos cambios políticos: «La entrada de una familia extranjera en el trono de cualquiera nación que sea debe producir naturalmente una revolución notable en su sistema político, carácter y costumbres. La Casa de Austria, por muerte de los Reyes Católicos, la había producido ya muy grande en España, mudando casi enteramente su constitución antigua. La de la augusta familia de Borbón ha producido otra en este siglo. Es un problema importante y digno de resolverse: ¿qué variaciones causaron señaladamente la una y la otra, qué ventajas y qué daños?»<sup>88</sup>

Como vemos, un concepto de revolución referido a los cambios profundos operados, no sólo en el «sistema» o forma política, sino también en la mentalidad colectiva —«carácter»— y en la moral social —«costumbres»—, tres dimensiones esenciales de lo que Sempere llama la «constitución civil».

## Las definiciones: lujo útil y lujo condenable

A lo largo de toda la obra, auxiliado con el utillaje de la historia, pero no menos con el de la amplia bibliografía consultada, se esfuerza Sempere por hallar una definición del lujo convincente, adecuada a sus ideas reformadoras burguesas, respetuosas al mismo tiempo de las esencias cristianas. Si le aplicamos los análisis definitorios de estudiosos actuales del tema, como Gusdorf o Sombart, hallaremos gran similitud de criterios con Sempere. Así, partiendo de la definición primaria, que entiende el lujo como «todo dispendio que va más allá de lo necesario»<sup>89</sup>, como «excedente de recursos disponibles, reservado a una parte del grupo social»<sup>90</sup>, o como «profusión», como gasto mayor «de lo que permiten las facultades y haberes de cada uno»<sup>91</sup>, se plantea el problema de las actitudes, a) *subjetivas*, que entienden el lujo mediante juicios de valor éticos, estéticos, económicos, etc., y b) *objetivas*, que lo

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, II, pág. 139.

<sup>89</sup> SOMBART: *op. cit.*, pág. 63.

<sup>90</sup> GUSDORF: *op. cit.*, pág. 444.

<sup>91</sup> *Historia del lujo*, I, prólogo, pág. 9.

analizan por comparación o relación, teniendo en cuenta necesidades fisiológicas (subsistencia, placer) y culturales (costumbre, civilización, progreso). Veamos cómo opera Sempere hasta llegar a los criterios objetivos, según los cuales el lujo resulta indisoluble de la condición humana en su desenvolvimiento histórico «civilizado».

Sin dejar de considerar la actitud lujosa como un «vicio» del alma humana, no tiene más remedio que aceptar que se trata de un «vicio... inevitable de la abundancia de riquezas y de su desmedida distribución; de la distinción de clases, fundada sobre otros principios que los de la virtud; del trato con extranjeros y, en una palabra, de la que se llama cultura y civilización», debiéndose, por tanto, a causas «inherentes e inseparables de la constitución civil; no de la constitución civil imaginaria y en el estado que alguno puede idear en su fantasía la sociedad, sino de las existentes y conocidas: de la de nuestra nación y las demás con quienes tenemos relaciones e intereses»<sup>92</sup>. La declaración de pragmatismo objetivo y, por rechazo, la crítica negativa de las actitudes moralistas tradicionales no pueden ser más claras. Sempere aprovecha todos los intersticios que le permite la historia, soporte que va deshilvanando para recordarnos sus principios: «Demuestro que este vicio es resultado inevitable de las sociedades civiles en que vivimos y con las que tenemos comunicación»<sup>93</sup>. No se trata, pues, de resignarse a la inevitabilidad del lujo, sino que hay que cualificarlo como bien económico «útil» al bienestar nacional, máxime cuando es observable el ejemplo positivo de otros pueblos: «Cuando las naciones están haciendo los mayores esfuerzos para enriquecerse y sobresalir entre las demás; cuando para esto desentrañan los más remotos y ocultos senos de la tierra; cuando procuran dar a su comercio la mayor extensión posible; cuando no solamente permiten el ejercicio libre de las artes afeminadoras y de puro lujo, sino que buscan, protegen y premian abundantemente a los inventores y artistas más acreditados en ellas, los celebran y admiran sus obras con entusiasmo, ¿no es una inconsecuencia notoria el prohibir con graves penas o limitar por otra parte el uso de las mismas?»<sup>94</sup>

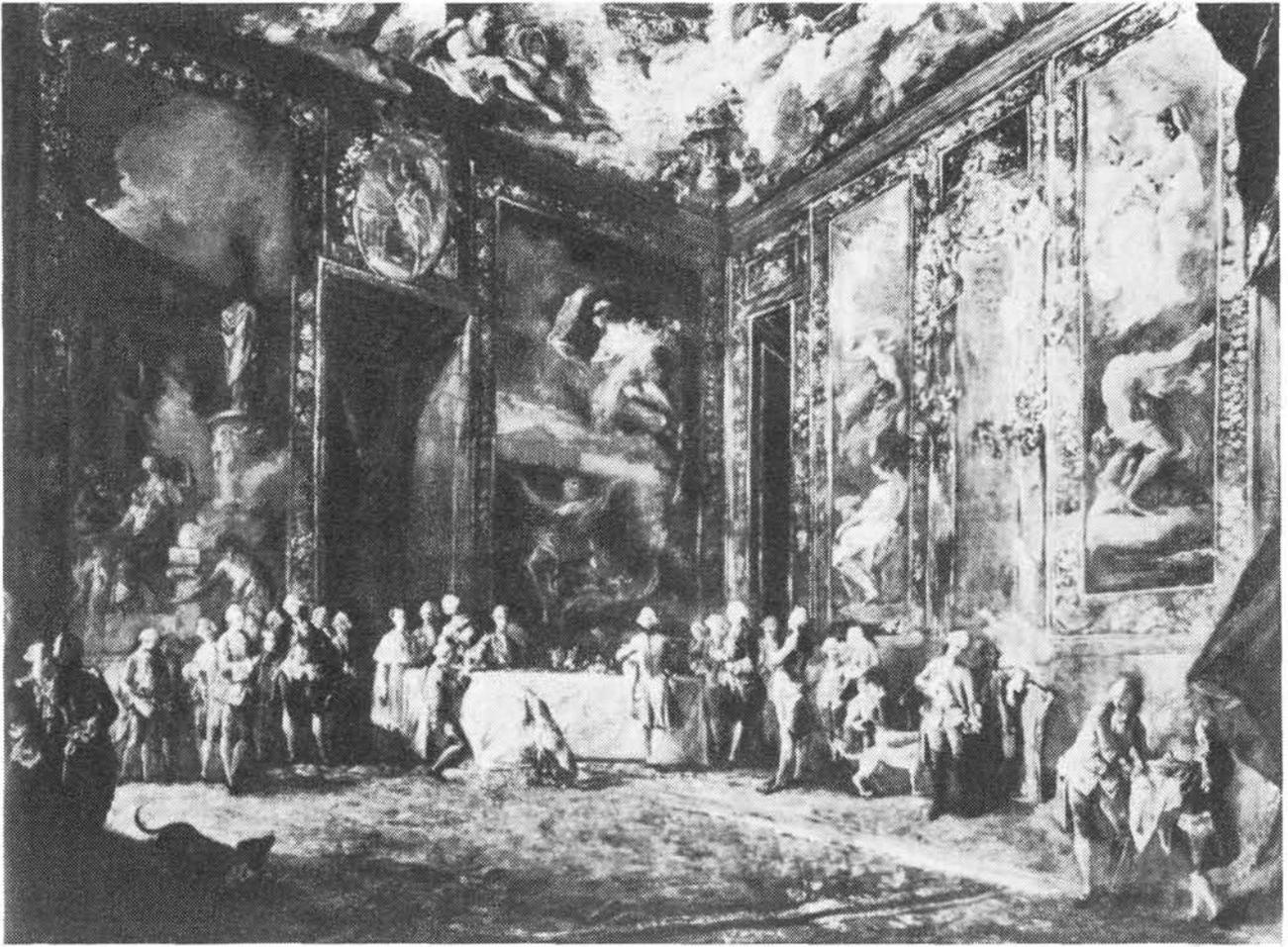
Lujo y capitalismo van, pues, íntimamente unidos y ello se desprende no sólo del ejemplo innegable de esas otras naciones, sino que se muestra diáfananamente a «quien con un espíritu libre de toda preocupación y con una meditación profunda lee la serie de la historia, coteja los tiempos y combina los hechos y circunstancias en que sucesivamente» aquélla se desenvuelve. Sempere no habla de «capitalismo», obviamente, sino de «civilización», que podemos considerar sinónimo en este contexto descriptivo, salvando las distancias y teniendo presente la mayor amplitud de sentido de este término. La historia le muestra el paralelismo estrecho entre épocas o zonas donde prospera el lujo y el bienestar económico y social más o menos generalizado, lo que precisamente llama «cultura o civilización». Si a estos elementos se añaden la comunicación libre y el comercio, basados en el interés y el cálculo racional, estaremos en presencia del espíritu capitalista. Sempere contrapone este mundo «civilizado» al modo de vida «bárbaro» precisamente en la capacidad que tiene aquél para aprovechar

---

<sup>92</sup> *Ibid.*, prólogo, pág. 10.

<sup>93</sup> *Ibid.*, prólogo, pág. 22.

<sup>94</sup> *Ibid.*, prólogo, pág. 11.



*Paret: La comida de Carlos III. Museo del Prado, Madrid.*



*Paret: La tienda. Museo Lázaro Galdiano, Madrid.*